

CAPÍTULO VIII

VIDA DE ORACIÓN

La vida de oración, ó, lo que es lo mismo, *la vida de unión con Dios*, es propiamente la vida de la religiosa. Vivir de oración es no cesar nunca de pensar en Dios; es cumplir el precepto de Jesucristo: «*No ceséis de orar.*»

Si una alma se determina á unirse á Dios por los votos de la religión, es porque quiere, no solamente *ser de Dios*, como lo son todas las criaturas, sino también *estar más cerca de Dios*, y ponerse en la necesidad de no apartarse jamás de Dios: quiere estar unida *materalmente* á Dios, llevando su librea, sujetándose al trabajo que en su nombre le impongan, viviendo en una casa consagrada á El; pero, sobre todo, unida por el corazón y la voluntad, porque esa unión le hace suave y llevaderas todas las obligaciones de la vida religiosa.

Ama á Dios, y este Dios á quien ama no se aparta jamás de su pensamiento: á El solo quiere agradar; por El trabaja, y únicamente por su amor ama á todas las demás criaturas.

Pelea, pero es para no separarse de su Dios, de quien el demonio querría alejarla; y aun cuando la lucha fuese más trabajosa y durase hasta el fin de la vida, la sostendría siempre con la misma fidelidad.

Padece, pero con resignación y gozo bajo la mirada de Dios, que la aflige con la tribula-

ción, y ella misma quiere padecer para tener más parecido con su amado Jesús.

Obedece, y le es suave y grata la obediencia, porque la acerca más y más á Dios. El es quien la llama, la envía, le impone el trabajo: la obediencia la obliga, en cierto modo, á no apartarse nunca de Dios.

II. *La vida de oración*, es decir, *la vida de unión con Dios*, se resume en estas palabras, que compendian todo lo que hemos dicho en este libro: *pensar como Jesús, juzgar como Jesús, amar como Jesús, obrar como Jesús.*

Los pensamientos de Jesús eran todos de Dios y para Dios. Las cosas exteriores no le afectaban sino en cuanto podían conducirle hacia Dios. De ahí aquella unión continua con Dios en medio de las más activas ocupaciones de su ministerio; de ahí aquella facilidad de pasar de la acción á la oración, ó más bien de permanecer en oración continua.

Los juicios de Jesús tenían siempre por regla los juicios de Dios. Había en El una especie de consejo en donde siempre presidía Dios, y á esa luz divina se juzgaban las cosas de la vida, las penas, las alegrías, la reputación, el trabajo.

El amor de Jesús era todo de Dios, y tenía por único objeto proporcionar á su Padre la gloria debida; reparar las injurias que le hacían las criaturas; cumplir en todo su voluntad, y procurar que todas las criaturas le conociesen, amasen y sirviesen, y por conseguirlo, todo trabajo le parecía poco.

La vida de Jesús fué una vida siempre ac-

tiva; pero esa actividad tenía su principio en el espíritu de Dios de que estaba animado. Este espíritu era el alma de su alma, como de los justos lo dice san Pablo: Jesús hablaba, obraba, oraba, enseñaba, pero, en realidad, el espíritu de Dios era el que enseñaba, oraba, obraba y hablaba en El. *Por mí mismo no hago nada*, decía á sus discípulos; *las palabras que os hablo no las hablo de mí mismo: mas el Padre que está en mí hace todas las obras que yo hago.* (Joan., XIV, 10.)

III. *La vida de oración*, es decir, *la vida de unión con Dios*, está perfectamente compendiada en el siguiente cuadro, que con mucha razón podemos llamar *El día de la religiosa*:

¡Todo por Jesús, todo con Jesús!

No soy yo quien vivo: Jesús es quien vive en mí.

No soy yo quien obro: Jesús es quien obra en mí.

No soy yo quien quiero: Jesús es quien quiere en mí.

Debo, pues, hacer cada una de mis obras como las habría hecho Jesús.

Es, pues, necesario que yo no pierda un solo instante la presencia de Jesús.

Jesús es mi auxiliar y hace á medias conmigo todo lo que tengo que hacer.

Es mi *modelo*, y me dice al oído cómo habría hecho El lo que me ha mandado.

Es mi *sostén*, me anima y me hace soportables la fatiga y el tedio.

Es mi *recompensa*, y va contando todos los

minutos que paso *cumpliendo* mi deber, para pagármelos á su tiempo.

Es mi *protector*, que ahuyenta al demonio mientras estoy *orando* ó trabajando; ahuyenta á los malos, ó me *da* fuerzas contra sus palabras, para que no *sucumba*.

¡Por eso amo á Jesús!

Durante el *recreo* pienso en su afabilidad, en su bondad, en su habitual sonrisa. A todos recibía, á nadie despreciaba: era siempre el mismo, complaciente, afable, sin cansarse jamás de hacer bien: nunca más contento que cuando trabajaba y se molestaba por los demás.

En mis *conversaciones* hablo de El algunas veces: á lo menos hablo en su presencia para no decir palabra descortés, inconveniente, inoportuna. Me alegro cuando puedo inducir á otros á que le amen, y cuando voy al locutorio mi primer pensamiento es éste: ¡Logre yo, Dios mío, que os amen un poco!

En mis *estudios* me acuerdo de la bondad de Jesús cuando enseñaba á sus discípulos y les explicaba lo que no entendían, y me figuro que es El quien me habla por medio de los libros que leo, y á quien escucho con respeto y gratitud. Le invoco cuando encuentro alguna dificultad; me resigno cuando experimento alguna humillación ó encuentro algún obstáculo; le doy gracias cuando logro buen resultado, porque El es sin duda quien despeja mi inteligencia.

Durante la *comida* pienso en su templanza y sobriedad, en sus mortificaciones. ¡Con qué bondad servía El mismo á sus discípulos! ¡Con

qué caridad obraba milagros para alimentar á los pobres! ¡Qué dicha para mí cuando en eso, como en todo, puedo servir á mis hermanas; cuando por ellas me puedo privar de alguna cosa!

En mis *oraciones* me figuro que estoy al lado de Jesús, y oigo que me dice: «Todo cuanto pidas á mi Padre en mi nombre, te lo concederá»; me recojo, como El se recogía, y me complazco en repetir algunas de las palabras que El mismo decía: «Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya.» «Padre mío, el pan nuestro de cada día dánosle hoy.» «¡Haz, Padre mío, que todos te conozcan y te amen!.....» Y le recomiendo mi comunidad, mi superiora, mis hermanas, mi familia, todos cuantos me ayudan á amarle.

Durante el *trabajo manual* pienso en las obras de Jesús, algunas veces semejantes á las mías..... Él hacía todo lo que le mandaban, y lo hacía cumplidamente: dejaba el trabajo luego que le llamaban, lo tomaba de nuevo ó volvía á dejarle; no se quejaba porque la tarea fuese larga, monótona, difícil; aunque lo sabía todo, no se desdenaba de preguntar á san José y á la Santísima Virgen cómo había de hacer tal ó cuál cosa, y seguía al pie de la letra las instrucciones que le daban.

En mis *penas* le llamo..... y espero..... Sé que está ahí....., y aun cuando nada me dice, no tengo miedo. No permitirá que el mal me atormente demasiado, ó que el tedio se prolongue hasta hacerme sucumbir, ó la tentación me apremie tanto que no pueda resistir

y vencerla..... Le invoco..... Sé que vendrá oportunamente, y entre lágrimas continuo entretanto el trabajo, la oración y mi vida ordinaria.

En mis *aflicciones*, que la Providencia permite, me acerco más á El; si no le hallo á mi lado, voy á buscarle..... Le hallo en los brazos de la Santísima Virgen, que me le da siempre después que rezo con devoción una decena de Rosario; le hallo en medio de los pobres á quienes voy á visitar y de las niñas á quienes voy á enseñar; le hallo cuando me aplico con más cuidado y generosidad al deber que me impone la obediencia; le hallo en la casa de Nazareth trabajando con sus manos, y viene á mí si yo trabajo como El; le hallo en la cruz y en el *Via Crucis (camino de la cruz)*, que voy á rezar en la capilla, juntamente con la paz, la calma y la resignación; le hallo, finalmente, en la sagrada Comunión, y entonces le digo: «No os apartéis de mí. ¡No me desamparéis!»

Durante el *sueño* pienso en Jesús cuando se entregaba al descanso, y le veo tranquila y dulcemente dormido, ya en el regazo de María, ya en la barca sacudida por la tempestad, ya en su cuna de Belén. ¡Oh, Jesús mío, también yo quiero descansar sosegadamente como Vos, quiero que mi corazón esté siempre velando, quiero que durante mi sueño cada respiración sea un suspiro de amor, quiero que al despertar sea mi primera palabra: Os amo, Jesús mío!»

¡Oh! ¡Cuán feliz es el día que paso unida así con Jesús!

ORACIÓN PARA PEDIR Á JESÚS LA VIDA DE UNIÓN
CON ÉL

Divino Jesús, modelo que todos debemos imitar; amabilísimo Jesús, que tantas veces venís á nosotros en la sagrada Comuni6n; que sois nuestro amparo, sin el cual nada podemos y con el cual lo podemos todo: sed conmigo ahora y siempre.

Sed conmigo *ahora* para darme vuestra bendici6n; pero una bendici6n que me aparte del pecado, me fortalezca contra las tentaciones, me mantenga en gracia, me preserva de todo peligro y me haga perseverar en el bien.

Sed conmigo *en mis oraciones* para comunicarme el mérito de las vuestras y las santas disposiciones con que Vos orabais, á fin de que en Vos, por Vos y con Vos sean atendidas mis súplicas y alcance todo lo que necesito y me conviene.

Sed conmigo *en la santa Misa* á fin de aplicarme su fruto para todas mis necesidades espirituales y temporales, y obrar en mí el sacrificio de mí misma, para que forme con Vos una sola víctima, una víctima pura é inmaculada.

Sed conmigo *en mis deliberaciones* para comunicarme prudencia y discernimiento, para inducirme á elegir lo que con más seguridad contribuya á vuestra gloria.

Sed conmigo *en mis conversaciones* para enseñarme á guardar silencio cuando convenga, para poner en mi boca palabras de edificaci6n, bondad y consuelo.

Sed conmigo *en mis recreaciones* para comunicarme afabilidad, modestia y edificante alegría.

Sed conmigo durante la *comida* para inspirarme sobriedad y espíritu de mortificaci6n.

Sed conmigo *en mis estudios* y lecturas para darme vuestras luces, y para que sin vanidad se ilustre mi inteligencia y se fortifique mi coraz6n.

Sed conmigo *en mis padecimientos*, aficciones y desgracias para consolarme y darme paciencia y resignaci6n en las disposiciones de la Providencia.

Sed conmigo *en la prosperidad* para inspirarme humildad y agradecimiento.

Sed conmigo *en todos los casos particulares y extraordinarios* en que Vos conocéis que podría hallarme, para que con vuestra asistencia me aparte del mal y practique todo el bien que reclamen las circunstancias.

Sed conmigo *cuando voy á descansar* para esconderme en vuestro sagrado coraz6n y purificarme de todas las manchas que pudiera haber contraído durante el día.

Sed conmigo durante *mi sueño* para ahuyentar toda ilusi6n ó accidente que podría perjudicarme.

Sed conmigo *cuando despierte* para poner en mi espíritu santos pensamientos y en mi coraz6n santos deseos.

Sed conmigo *cuando me levante* para inspirarme la ofrenda que debo haceros de mí misma y disponerme á pasar el día santamente.

Sed conmigo *en mi interior* para arreglar

todos sus movimientos, y *en mi exterior* para hacerle edificante. En todo y en todas partes dadme vuestro auxilio para imitar vuestras virtudes; á fin de que el Padre celestial sea glorificado en mí por Vos, Señor mío Jesucristo.

¡Oh, Jesús mío, que sois mi única esperanza, por quien todo lo he dejado: venid á mí, habitad en mí, vivid en mí!

*
*
*

Al concluir estas páginas permítasenos hacer nuestra la tierna despedida que san Francisco de Sales dirigía á sus *piadosos lectores*.

Nosotros á nuestra vez os la dirigimos á vosotras, fieles religiosas, á quienes pedimos desde ahora, y después de nuestra muerte, un recuerdo ante Jesús sacramentado.

«*Adiós* os digo de todo mi corazón.

»Sed de Dios para siempre en esta vida mortal, sirviéndole fielmente en medio de las penas que sentimos llevando la cruz en pos de El, y en la vida inmortal bendiciéndole eternamente con toda la corte celestial. El gran bien de nuestras almas es estar en Dios, y el mayor bien no ser sino de Dios.

»El que es solamente *de Dios* no se entristece si no de haber ofendido á Dios, y su tristeza consiste en una profunda humildad y sumisión para levantarse de su caída lleno de confianza en la divina bondad.

»El que sólo es *de Dios* no busca sino á Dios; y no pierde la paz en medio de las ad-

versidades, porque Dios está en la tribulación lo mismo que en la prosperidad.

»El que es sólo *de Dios* piensa con frecuencia en El en medio de las ocupaciones de esta vida.

»El que es solamente *de Dios* desea que todos sepan que quiere servirle y ocuparse en ejercicios convenientes para vivir unido con El.

»Sed, pues, totalmente *de Dios* y sólo de Dios; no deseéis sino agradarle, y no queráis agradar á las criaturas sino en El y por El.

»¡Qué mayor bendición os puedo desear! Así, pues, animado siempre de este deseo en favor de vuestras almas, os digo *adiós*.

»Seamos *de Dios* sin fin, sin reserva, sin medida, como El es nuestro eternamente. ¡Ojalá que pudiésemos unir para siempre nuestras pequeñas y ligeras cruces con la suya grande y pesada!

»Seamos *de Dios*, de Dios sólo, puesto que fuera de El y sin El nada valemus; fuera de El y sin El somos verdadera nada.

»*Adiós*. Os deseo la abundancia del divino amor, que es y será eternamente el único bien de nuestros corazones, los cuales hemos recibido únicamente para Jesús, que nos ha dado todo el suyo.

»¡Sea Jesús nuestra corona! ¡Sea María nuestra dulce miel! En el nombre del Hijo y de la Madre soy todo vuestro: FRANCISCO DE SALES.»

A. S.

25 de Marzo, día de la Anunciación de la Santísima Virgen.